

Hola colega:

Una vez más, compartiendo unas líneas contigo. Hoy trataré algunas anécdotas, un tanto como presidente, un tanto como Oscar Ríos, que, siendo honesto, no sé dónde se separa uno de otro. Las últimas semanas han sido un subir y bajar, un ir y venir.

El congreso de la FDI en la India, el temor del noviciado a participar en el Comité de Presupuesto al que fuimos invitados como ADM por la presidenta mundial TC Wong. Como pocas veces, me siento como pez fuera del agua, y me pregunto: ¿qué me trajo aquí? La reunión a puerta cerrada, interesante; nosotros, los integrantes, de Filipinas, Estados Unidos, Francia, un franco-alemán y yo, preguntándome: ¿qué me trajo aquí? Al final me queda claro que México está y se hace presente. Concluye la Asamblea. Concluyen los trabajos, todo parece estar bien, agradezco la invitación, agradecen mi participación, no siento el éxito mío, y esa voz interna, cada vez de tono más quedo, me pregunta si entiendo lo que hice aquí.

Mis compañeras de viaje hacen ligero, muy ligero, el viaje: Laura, Rosita y Rocío (que sin perder el respeto, al inicio del viaje, todas con el grado de doctoras, hoy de amigas), sin duda el complemento perfecto para una aventura de viaje. El regreso a México, de locura: la aerolínea en Francia con problemas laborales obliga a un cambio de itinerario, se suman seis horas a las casi veinticuatro programadas; por fin estoy en México, la penitencia sigue: aún me falta el tramo México-Guadalajara y Guadalajara-Tepic; el cuerpo acumula kilómetros. Aparezco el martes por la noche en casa; el miércoles, los preparativos para iniciar al día siguiente el 4o Encuentro Estudiantil. El ritmo de sueño descontrolado, el cansancio a flor de piel. El Comité Estudiantil responsable del evento, perfecto y afinado. Con un huracán rondando Nayarit –no sé si es beneficio o maldición–, la asistencia pobre, nos divertimos, hicimos y cumplimos; al final de la celebración, los pocos asistentes, satisfechos. Necesito dormir.

Pasaron tres días; salgo de casa a tomar el vuelo de la noche rumbo a Puebla, donde asistiré a la ceremonia inaugural y, además, estoy invitado como ponente; el vuelo se retrasa, estoy en el aeropuerto de la Ciudad de México,



es media noche y el próximo autobús a Puebla sale en una hora; estoy tocando la almohada cerca de las cuatro de la madrugada. Despierto a las siete, dormito –nunca aprendí a dormir de día–; el cuerpo acumula horas de cansancio que se suman a las rezagadas. Despierto a las ocho con la llamada de mi anfitriona; unas horas después, la inauguración del Congreso, en orden y emotiva. Por la tarde, expongo mi tema; me siento cansado, pero satisfecho; repaso mentalmente la respuesta a la pregunta de mi hijo al final de una exposición: ¿Cómo te fue, papá?; –A mí, bien; a los que me oyeron, no sé–. A las once de la noche, después de una frugal cena, estoy en la terminal de autobuses para mi regreso a México; el próximo sale a la una treinta de la noche. En fin, sé que voy a descansar en la Ciudad de México antes de mi siguiente vuelo hacia León a las diez de la mañana.

Llego al hotel, cansado –medio muerto, diría–. En la recepción me aclaran que mi reservación se perdió, ya que fue hecha para el día anterior. Son las cuatro de la madrugada, estoy al borde, no intento discutir siquiera; deambulo unos momentos en el lobby. Como una epifanía (a esta hora no sé si estoy dormido o despierto), decido adelantar mi vuelo a León; allá podré descansar. Sin

problema, soy atendido en el mostrador de la aerolínea para salir a las seis treinta; feliz, espero el tiempo que resta recorriendo las exposiciones temporales de la terminal dos del aeropuerto: aprendo un tanto sobre el Águila Real. Me acerco a la puerta del vuelo, ¡condenada suerte!, me pusieron por error en un vuelo a Culiacán; tengo que recuperar mi equipaje, ya está embarcado. Una hora después de pelear con todos los inocentes empleados,

regreso al mostrador con el único culpable a solicitar un nuevo pase de abordar; veriflico varias veces mi destino, ahora sí, creo que llegaré a la Reunión Regional. Son las siete treinta de la mañana, y bebiendo una taza de café, me digo: ¡Cómo no te voy a querer, ADM!

Oscar Eduardo Ríos Magallanes
Presidente de la Asociación Dental Mexicana

www.medigraphic.org.mx